

Rosa y Azul



Contiene

- Cuentos para niños.
- Concursos.
- Poesías.—Historietas.
- Pasatiempos.
- Colaboración infantil.
- Cuentos y leyendas regionales.
- Croniquilla.
- Crítica.
- Efemérides.
- Correspondencia.

Todo por
niños.
15
CENTIMOS

Interesa leer la plana tercera de la cubierta.

ROSA Y AZUL

(TODO PARA NIÑOS)

Número suelto: 15 céntimos.—REVISTA SEMANAL ILUSTRADA.—Número suelto: 15 céntimos.

CONDICIONES DE SUSCRIPCIÓN:

PROVINCIAS.....	}	Semestre... 3 pesetas.	大 中 小	EXTRANJERO
		Año..... 6		Año: 12 pesetas.

Los Sres. Corresponsales de Madrid ó provincias disfrutarán el 10 por 100 de beneficio por las suscripciones que nos remitan, que pueden deducir al enviarnos su importe, en letras del Giro Mutuo, carta orden de pago, ó sellos de Correos; en este caso, certificando la carta. Tanto para las suscripciones como para la venta de ejemplares, anuncios, etc., la correspondencia debe dirigirse al Sr. Administrador de ROSA Y AZUL, Jardines, 15, Madrid. Los artículos, poesías, historietas y cuanto se refiera á la parte artística, han de remitirse al Sr. Director de ROSA Y AZUL, Jardines, 15, Madrid.

REGALO DEL PRESENTE MES

Á todos los que durante este mes se suscriban por un año les regalaremos 20 tarjetas postales, y 10 á los que lo hagan por un semestre. (Véase la plana tercera de la cubierta.)

Á LOS ANUNCIANTES

Siendo la tirada de ROSA Y AZUL de veinte mil ejemplares, y nuestra Revista de las que se conservan para formar tomos, creemos que ha de convenir á los anunciantes, por resultar una de las maneras más prácticas de propaganda.

PRECIOS DE ANUNCIOS

Plana preferente, entera.....	50	pesetas.	↓	En las otras planas, entera..	40	pesetas.
— — media.....	27,50	—	—	— — media..	22,50	—
— — cuarto.....	15	—	茶	— — cuarto.	12,50	—
— — octavo.....	10	—	↑	— — octavo.	7,50	—

ANUNCIOS ESPECIALES Á UNA PESETA

La plana entera mide 14 × 19 centímetros; la media plana, 9 × 14; el cuarto de plana, 4 × 14, y el octavo, 4 × 7.

Los precios arriba indicados se entienden por una inserción. Concederemos un 25 por 100 de rebaja á las órdenes de anuncio por 12 inserciones. El pago de los anuncios se verificará cuando se hayan hecho las inserciones. Para anuncios de otra clase, precios convencionales.

Tarjetas de ROSA Y AZUL

En vista del considerable número de cartas y costosas tarjetas que venimos recibiendo de los niños, dedicadas unas á **CRITICA, CORRESPONDENCIA, COLABORACION INFANTIL**, etc., y otras á **PASATIEMPOS y CONCURSOS**, esta Empresa ha editado unas sencillas y prácticas postales dedicadas exclusivamente á dicho objeto, las cuales pueden adquirir los niños, lo mismo en Madrid que en provincias, en todos aquellos sitios que se ofrece á la venta nuestra Revista. Precio: cinco céntimos tarjeta.



VALLE DE LÁGRIMAS

MALO había sido el año para el tío Chús. Primero la enfermedad del hijo, un zagalón de diez y seis años, que rebañó hasta el fondo de la bolsa, pues aunque con el médico y boticario tenían iguala, se necesitaron una porción de medicinas, específicos, cosas de *extrangis*, que no entraban en el contrato y hubo que pedir á la capital. Luego, en la primavera, la muerte de la vaca, la *Sortija*, una de las dos que tenían. Se empezó á hinchar, á hinchar—alguna yerba mala que paciera—, según dijo el albéitar, y á las veinticuatro horas ya no alentaba. El pueblo entero pasó por el establo para verla tendida sobre el estiércol, la panza enorme, tiesas las patas. Pero la cosecha se presentaba bien. Había llovido mucho, y el trigo crecía, verde y lozano, que era una bendición. Podrían comprar otra vaca, quizá ahorrar algo. Y daban gracias á Dios, que aprieta, pero no ahoga.

Esta esperanza se desvaneció también. Tras de las lluvias de Mayo vino el calor con fuerza, y el trigo se arrebató, sin tiempo para granar. Cuando empieza la siega, la mala ventura se confirma; y entonces la desesperación no tiene límites.

Hay que buscar á toda prisa el remedio. Es preciso una vaca que reemplace á la *Sortija*, para cuando la trilla llegue. Carecen de dinero para comprarla; y con lo malo de la cosecha nadie querrá dárselo, ni aun á interés crecido. Pasan revista á todos los recursos, y, al fin, ven que uno solo resta posible, aunque arriesgado: ir al monte á cortar pinos.

Como no hay otro, convienen en éste; y tomada la resolución, aquella misma noche queda todo dispuesto. El compadre Mateo les da una vaca para que hagan pareja; untan la carreta de sebo para que no rechine, y bien afiladas las hachas, salen el padre y el hijo antes de amanecer. Al alba ya se han apartado de la carretera é internado en el monte. Aún tardarán un rato en salir los civiles.

Poco después de haberse marchado los hombres, levántanse las mujeres. Se avían presto, dan un ligero limpión á la casa, preparan la comida, y, cogiendo las hoces, salen á hacer la faena del campo.

Ya está abierta la Casa-Cuartel. En el camino emparejan con los civiles que les dan, corteses, los buenos días.

—¿Cómo tan solas? — les preguntan—. ¿Y el marido? ¿Y el hijo?

—Segundo se hallan en Remoyuelo—contestan ellas. Sin más hablar se separan, siguiendo los civiles por la carretera.

Hacia Remoyuelo van precisamente; y al llegar al puentecillo que salva el arroyo, entonces seco, se sientan sobre el pretil á descansar. El calor empieza á ser sofocante, y los



guardias, aliviándose del peso de los tricornos, se limpian el sudor con grandes pañuelos de hierbas.

—¿Sabes que tengo sed? — le dice uno al otro—. Si pudiera beber...

— También yo la tengo. Pero aguarda...

—¿Qué?

—Que por aquí debe andar el tío Chús. ¿Cuáles son sus tierras?

—Aquellas de allá abajo, lindando con los chopos.

—No se le ve; tal vez descanse.

—Pues vamos; él tendrá agua... ó vino.

Levántanse los civiles; en un trocecillo descenden la cuesta y pronto llegan á los árboles. Busca por aquí, busca por allá, el tío Chús no aparece.

—Pues su mujer nos dijo que estaba en este sitio, y volver no ha vuelto; le hubiéramos encontrado. Es extraño.

Y los dos guardias se miran, asaltados por la misma sospecha.

—¿Habrá ido al monte?

—Eso pensaba. Anda mal este verano y habrá caído en la tentación.

—¿Y qué hacemos?

—Podríamos dejarle. Que corte unos machones. Eso á ninguno daña, y el pobre se encuentra tan apurado...

—Pero, ¿y si se sabe y nos fastidian? Tiene una mujer y chicos, y nadie le ha de ayudar si vienen mal dadas. Vamos á cumplir nuestra obligación.

Cercano estaba el monte y pronto se internan en él. Largo rato andan buscando sin lograr nada, pero al fin observan señales del paso de una carreta. Las matas yacen aplastadas, y rotas las ramas bajas de los árboles.

—Por aquí ha pasado—dicen mirándolas con ojos de conocedor. Siguen la huella. Sus



instintos de perros de caza se han despertado, y ya sólo piensan en el éxito de la operación, en la alabanza del jefe, en la nota buena de la hoja de servicios.

Conforme avanzan, el trabajo se hace más fácil, porque el monte es muy espeso y la carreta ha pasado haciendo destrozos. Poco después perciben el ruido de las hachas. Se acercan presurosos. Los Chuses han derribado tres ó cuatro pinos catorzales, derechos como husos, y los están limpiando de ramas. Cuando ven aparecer á los civiles, ni se extrañan ni protestan. Sólo el viejo mueve la cabeza con ademán triste.

—¡No tenemos suerte!—murmura, y tira el hacha.

Nada les hablan los guardias que al asunto se refiera. Siéntanse sobre uno de los pinos y les piden agua. Luego de satisfecha la sed, sacan la petaca y ofrecen tabaco á los detenidos. Lían los cigarros, y mientras los fuman hablan de cosas del pueblo. Con la última chupada dicen los civiles levantándose:

—¿Qué, nos vamos?

—Bueno.

—Pues sacad eso.

Van por la carreta, que está escondida en una hondonada. Por allí pastan también las reses. Después de uncidas, entre todos cargan los troncos cortados, y andando al pueblo.

Mientras, la madre y la hija, dobladas hacia el suelo, siegan y siegan, con movimiento acompasado y rítmico. De cuando en cuando yerguen el cuerpo para arreglarse el pañuelo que se les cae sobre los ojos, y siguen.

La madre piensa en los hombres, en el resultado de su aventura. Si salen con bien

y pueden hacer otro viaje, irán en seguida á la Ribera á vender los machones, y á la vuelta comprarán la vaca. Si no, ¿como es posible que se arreglen, Dios mío? Ni la trilla se concluirá á tiempo, ni podrán en el otoño hacer algo de tráfico con la carreta, y en el invierno les faltará el vino, les faltará el pan... Y el fantasma espantoso del hambre surge ante sus ojos, aletea como las codornices que, espantadas en su nido por las segadoras, levantan el vuelo.

Y ambas siegan, siegan, con movimiento acompasado y rítmico, mientras el sol cae á plomo sobre sus encorvadas espaldas.

En tanto, los hombres avanzan por la carretera, entre los guardias que les custodian, arma al hombro. Antes de llegar al pueblo se esparce la voz de que los han detenido, y todos los que no están en el campo salen al camino para verlos pasar.

Van tristes, hoscos, sin hablar. Los vecinos les miran también silenciosos. Sólo las mujeres vociferan, llenando de improprios á los guardias. En ellos compendian el odio al Estado invisible que les arrebató hijos, fortuna, todo... Y los guardias siguen se-

renos, indiferentes, imágenes del destino inexorable.

Delante marcha la carreta conducida por el mozo; detrás el padre y los civiles seguidos por el pueblo. Y todos se dirigen á la Alcaldía, donde quedará depositada la madera mientras se instruye el expediente. Para da la carreta ante el Ayuntamiento, los hombres la rodean y examinan los machones, discutiendo su calidad y su valor. Alguien advierte que no está allí la mujer del tío Chús.

Hay que decírselo. Una chiquilla sale corriendo hacia el campo donde siega. Y apenas la ve, empieza á gritar con voz jadeante y chillona, que hiere los aires:

—Señá Flor, los civiles han cogido á sus hombres cortando pinos y se los llevan á la cárcel.

La madre y la hija, que se han levantado para oír la noticia, vuelven á inclinarse y siguen su faena. El sol abrasa sus espaldas y sus brazos desnudos y curtidos; y ellas siegan, siegan, mientras la tierra reseca recoge con avidez las gotas de sudor de sus frentes, que caen mezcladas con lágrimas.

RAFAEL LEYDA.

EL JILGUERO

ESTABA la niña
sentada en el suelo,
y á su lado tenía la dorada jaula
que encierra el jilguero.
La hermosa chiquilla
de ojos como el cielo,
de mejillas rojas, aterciopeladas,
y negro cabello,
á su jilguerillo
acercaba el dedo,
y él se le picaba, haciéndola mimos
muy dulces, muy tiernos.
Gozosa la niña,
gozoso el jilguero,
jugaban alegres, jugaban tranquilos,
cuando un gato negro
atrapó la jaula,
la tumbó en el suelo,
y antes que la niña pudiera evitarlo
se comió el jilguero.

Lloraba la niña.
No había consuelo
para aquella pena tan grande, tan honda,
que causa su duelo.
Le ofrecieron otro.
—Ese no le chero.
Yo chero á Perico, mi amigo del alma.
Chero mi jilguero.
Aquel que con mimo
picaba mi dedo;
aquel pajarillo que, cruel, me roba
el gatazo negro.

Pobrecita niña
de negro cabello,
de mejillas rojas, aterciopeladas;
comprendo tu duelo.
Cruel es la vida,
y con fiero empeño,
con saña inaudita, suele arrebatarnos
lo que más queremos.

MARÍA TESLA OSENTES.



A la pasada, semana de recogimiento y meditación, sucede la presente de animación y bullicio.

Los altares han sido descubiertos; las campanas han repicado anunciando la resurrección del Salvador del mundo, y por las calles y paseos vuelven los niños á dar brillantez al cuadro, con sus trajecitos vistosos, sus sombreros multicolores y sus risas francas y alegres.

La misma naturaleza, sumida en letárgico sueño durante la semana anterior, ahora cobra nueva vida, y los pajarillos cantan más fuerte, los árboles se visten con verde ropaje, las flores tempranas envían sus dulces aromas y el sol brilla más puro, más intenso.

Todo parece entonar sus cánticos de amor, de agradecimiento á la Primavera.

¡Bendita Primavera!

Tú eres por excelencia la estación de la infancia.

Comparada con la vida, es la Primavera algo así como esa dulce edad en que lo vemos todo de color de rosa; en que sólo soñamos con juguetes, con diversiones, con besos, con caricias; en que nada nos preocupa esa ruda lucha que más tarde habremos de emprender para vivir y ayudar que vivan los que el ser nos dieron.



Pero ¡ay! la Primavera tiene también su lado malo, y que no es flojo.

Así como la floresta germina al recibir las caricias de los primeros rayos del sol puro y diáfano, también germinan en los niños esas

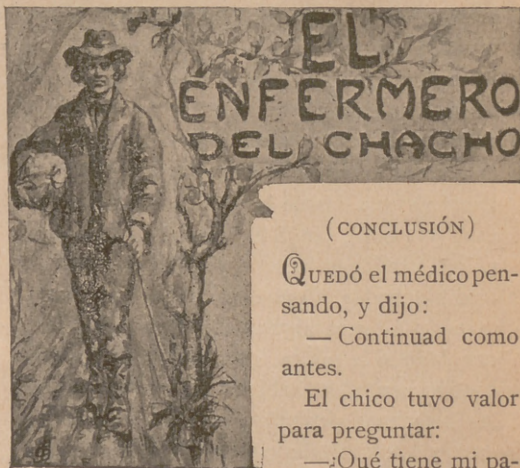
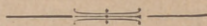
mil enfermedades heredadas de los padres por consecuencia de la falta de alimentación sana y nutritiva á que la marcha de la sociedad somete á la mayoría de los que de ella forman parte, y por lo antihigiénicas que son las viviendas en la mayoría de las poblaciones.

Y ante estos brotes, las mamás previsoras comienzan á dar á sus hijos depurativos y purgantes, que éstos reciben con el desagrado consiguiente.

Otro lado desagradable tiene para nosotros la entrada de la Primavera: es el centinela que nos grita: « ¡Alerta, amiguitos! Dentro de cuatro días comenzarán los exámenes, y ante el tribunal calificador habréis de rendir cuentas de vuestro comportamiento durante el curso».

Hay que aprovechar el tiempo que resta aún; hay que apretar á fin de llevar á vuestros papás el mayor número posible de sobresalientes.

BEBÉ.



QUEDÓ el médico pensando, y dijo:

— Continúa como antes.

El chico tuvo valor para preguntar:

— ¿Qué tiene mi padre?

— Ten valor, muchacho — respondió el médico, poniéndole nuevamente la mano en el hombro—. Tiene una erisipela facial. Es

grave; pero todavía hay esperanza. Asístele. Tu presencia le puede hacer bien.

—¡Pero si no me reconoce — exclamó el niño lleno de desolación.

—Te reconocerá mañana... quizás. Debemos esperarlo así; ten ánimos.

El muchacho hubiera querido preguntar más cosas, pero no se atrevió. El médico siguió adelante, y el niño comenzó la vida de enfermero. No pudiendo hacer otra cosa, arreglaba las ropas de la cama, tocaba la mano al enfermo, le espantaba los mosquitos, se inclinaba hacia él siempre que le oía gemir, y cuando la hermana le traía de beber, le quitaba el vaso y la cucharilla para dárselo con su propia mano. El enfermo lo miraba alguna que otra vez, pero sin dar señales de haberlo reconocido. Sin embargo, su mirada se fijaba por más tiempo, sobre todo cuando el niño se limpiaba los ojos con el pañuelo. Así pasó el primer día. Aquella noche el muchacho durmió sobre dos sillas, en un ángulo del salón, y á la mañana volvió á emprender su piadoso trabajo. La cariñosa voz del niño parecía que hacía brillar vaga expresión de gratitud en las pupilas del enfermo, y en cierta ocasión hasta movió los labios, como si quisiera decir algo. Después de cada período de soñolencia, abriendo mucho los ojos, buscaba á su enfermero. El médico le había visto dos veces, y notó alguna mejoría. Hacia la tarde, al acercarle el vaso á la boca, creyó el chico que una ligerísima sonrisa se había deslizado por sus labios hinchados. Comenzó con esto á reanimarse y á tener alguna esperanza; así que, creyendo si le podría entender, á lo menos confusamente, le hablaba de su madre, de las hermanas pequeñas, de la vuelta á su casa, y le exhortaba para que tuviera valor, con palabras llenas de cariño.

Aun cuando á menudo dudase de ser comprendido, sin embargo, seguía hablando, porque creía que el enfermo escuchaba con

placer su voz y la entonación desusada de afecto y tristeza de sus palabras. De esta manera pasó el segundo día, y el tercero, y el cuarto, en alternativa continua de ligeras mejorías y de retrocesos imprevistos. El muchacho, absorbido por entero en los cuidados de su padre, y sin tomar más alimento que algunos bocados de pan y queso, que dos veces al día le llevaba la hermana de la Caridad, no advertía casi lo que á su alrededor pasaba.

El quinto día el enfermo se puso peor de repente.

El médico movió la cabeza como diciendo que era cuestión concluída, y el muchacho se abandonó sobre una silla rompiendo á sollozar. Sin embargo, le consolaba una cosa. Á pesar de empeorar, le parecía á él que el enfermo iba poco á poco adquiriendo un poco de discernimiento. Miraba al muchacho cada vez con más fijeza y con expresión creciente de dulzura; no quería tomar bebida alguna, ni medicina sino de su mano, y hacía con más frecuencia aquel movimiento forzado de los labios, como si quisiera pronunciar alguna palabra, y lo hacía tan marcado á veces, que el niño le sujetaba el brazo con violencia, animado por repentina esperanza, y le decía con acento casi de alegría:

—¡Ánimo, ánimo, *chacho*; te curarás, nosotros iremos de aquí, volverás á casa de mi madre: todavía hace falta algo más de valor!

Eran las cuatro de la tarde, momento en el cual el muchacho se había abandonado á uno de aquellos transportes de ternura y de esperanza, cuando por la puerta vecina del salón oyó ruido de pasos y luego una fuerte voz, tres palabras solamente, «¡Hasta luego, hermana!», que le hicieron saltar de la silla, dejando escapar una exclamación que se ahogo en su garganta.

En el mismo momento entró en la sala un hombre con un gran lío en la mano, seguido de una hermana.

El muchacho lanzó un grito agudo y quedó como clavado en su sitio.

El hombre se volvió, lo miró un instante y lanzó otro grito á su vez: «¡Cecilio!», precipitándose hacia él.

El muchacho cayó en los brazos de su padre casi accidentado.

Las hermanas, los enfermeros y el practicante acudieron, y les rodearon llenos de estupor.

El muchacho no podía recobrar la voz.

—¡Oh, Cecilio mío!—exclamó el padre después de clavar una atenta mirada en el enfermo, besando repetidas veces al niño—. ¡Cecilio, hijo mío! ¿Cómo es esto? ¿Te han dirigido al lecho de otro enfermo? ¡Y yo que me desesperaba de no verte, después que tu madre escribió: «le he enviado!» ¡Pobre Cecilio! ¿Cuántos días llevas ahí? ¿Cómo ha ocurrido esta confusión? Yo he despachado en pocos días. ¡Estoy bien! ¿Y tu madre? ¿Y Conchita? Y la chiquitina, ¿cómo está? Yo me voy del hospital; vamos, pues. ¡Oh, santo Dios! ¡Quién lo hubiera dicho!...

El muchacho apenas pudo balbucear cuatro palabras para dar noticias de la familia.

—¡Oh, qué contento estoy, pero qué contento! ¡Qué días tan malos he pasado!—Y no acababa de besar á su padre.

Pero no se movía.

—Vamos, pues—le dice el padre—, que podremos llegar todavía esta tarde á casa. Vamos—. Y lo atrajo hacia sí.

El muchacho se volvió á mirar á su enfermo.

—Pero... ¿vienes ó no vienes?—le preguntó el padre sorprendido.

El muchacho, vuelta á mirar al enfermo, el cual en aquel momento abrió los ojos y le miró fijamente.

Entonces brotó de su alma un torrente de palabras.

—No, *chacho*; espera... ¡Ea... no puedo! Mira ese viejo. Hace cinco días que estoy aquí. Me está mirando siempre. Yo creía

que eras tú. Le quería. Me mira; yo le doy de beber; quiere que esté siempre á su lado; ahora está muy mal; ten paciencia; no tengo valor; no sé; me da mucha pena; mañana volveré á casa; déjame estar otro poco; no estaría bien que lo dejase; ¡ve cómo me miral! No sé quién es, pero me quiere; moriría solo:



¡déjame estar aquí, querido *chacho*!

—¡Bravo, chiquitín!—gritó el practicante.

El padre miró al muchacho, luego al enfermo.

—¿Quién es?—preguntó con interés.

—Un campesino, como usted—respondió el practicante—, que ha venido de fuera y entró en el hospital en el mismo día que usted. Cuando lo trajeron, venía sin sentido y no pudo decir nada. Quizá tenga lejos á su familia; quizá tenga hijos. Creará que éste es uno de ellos.

El enfermo no quitaba la vista del muchacho.

El padre dijo á Cecilio.

—Quédate.

—No tendrá que quedarse por mucho tiempo—murmuró el practicante.

—¡Quédate!—repitió el padre—. Tú tienes

corazón. Yo me marché inmediatamente á casa para tranquilizar á tu madre. Ahí tienes dos pesetas para lo que necesites. Adiós, hijo mío; hasta la vista.

Le abrazó, le miró fijamente, le besó repetidas veces en la frente y se fué.

El niño volvió al lado del enfermo, que



pareció consolado. Y Cecilio comenzó su oficio de enfermero, sin llorar más, pero con el mismo interés y con igual paciencia que antes; le dió de

beber, le arregló las ropas, le acarició la mano y le habló dulcemente para darle ánimos. Todo aquel día estuvo á su lado, y toda la noche y aun el siguiente día. Pero el enfermo se iba poniendo cada vez peor; su cara iba tomando color violáceo; su respiración se iba haciendo más ronca, aumentaba la agitación; salían de su boca gritos inarticulados; la hinchazón se ponía monstruosa. En la visita de la tarde, el médico dijo que no pasaría de aquella noche. Entonces Cecilio redobló sus cuidados, y no lo perdió de vista ni un minuto. Y el enfermo lo miraba, lo miraba, y movía los labios con gran trabajo, con gran esfuerzo, como si aún quisiera decir alguna cosa, y una expresión de extraordinaria dul-

zura se pintaba de vez en cuando en sus ojos, cada vez más pequeños y más velados. Aquella noche estuvo velando el muchacho hasta que vió blanquear en las ventanas la luz del crepúsculo y apareció la hermana. Se acercó ésta al lecho, miró al enfermo y se fué precipitadamente. A los pocos minutos volvió con el médico ayudante y con un enfermero que llevaba una linterna.

—Está en los últimos momentos—dijo el médico. Permaneció un momento inclinado hacia el enfermo; luego se levantó. La hermana descolgó un Crucifijo de la pared.

—¿Ha muerto?—preguntó el muchacho.

—Vete, hijo mío—dijo el médico—. ¡Tu santa obra ha concluído! Vete, y que tengas fortuna, que bien la mereces. ¡Dios te protegerá!... ¡Adiós!

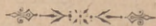
La hermana, que se había alejado un momento, volvió con un ramito de violetas, que cogió de un vaso que estaba sobre una ventana, y se lo ofreció al chico diciéndole:

—No tengo otra cosa que darte. Llévatelo para recuerdo del hospital.

—Gracias—respondió el muchacho cogiendo el ramito con una mano y limpiándose los ojos con la otra—; pero tengo que hacer tanto camino á pie... que le voy á estropear.—Y desatando el ramito, esparció las violetas por el lecho, diciendo:—Las dejo como recuerdo á mi querido muerto. Gracias, hermana; gracias, señor doctor.— Luego, volviéndose hacia el muerto:—¡Adiós!...— Y mientras buscaba un nombre que darle, le vino á la boca el dulce nombre que le había dado durante cinco días:—¡Adiós... pobre chacho!

Dicho esto, cogió bajo el brazo su envoltorio de ropa, y á paso lento, interrumpido por el cansancio, se fué. Comenzaba á despuntar el alba.

EDMUNDO DE AMICIS.





EL 29 de Marzo de 1640 ocurrió en Zaragoza un suceso maravilloso que la tradición ha conservado á través de los tiempos. Un joven sufrió la amputación de una pierna en el hospital de Gracia, de aquella ciudad. Imposibilitado de ganarse la vida trabajando, púsose á pedir á las puertas de la iglesia del Pilar, donde le favorecían los pudientes, y acaso en mayor grado que otro alguno el duque de Villahermosa, devoto ferviente de aquella Virgen. El mozo inútil, agradecido á tanta bondad, de las limosnas que recogía costeaba una misa diaria á la Virgen del Pilar. Sucedió un día que, cuando se despertó, encontróse nuestro joven con sus dos piernas sanas y completas. Por aquella época reinaba en España Felipe III, y necesitando un Embajador para los Países Bajos, nombró al duque de

Villahermosa. A penas éste había entrado en la Embajada, presentáronsele dos jefes de los más caracterizados de las sectas calvinista y luterana, con intención de interrogarle acerca del hecho que nos ocupa, que había tenido resonancia universal.

—¿Tiene usted conocimiento del milagro que dicen ha realizado la Virgen del Pilar?—le preguntaron.

—Le tengo, si se refieren ustedes á un joven que perdió una pierna y luego la volvió á recuperar.

—¿Y acaso conoció usted al joven?—preguntó con cierta sonrisa irónica el luterano.

—Y hasta le socorrería—agregó con marcada intención el calvinista.

—Le conocí, y más de una vez vacié mi escarcela en su gorra—contestó el Duque con entereza.

—Entonces... no tendría más que una pierna.

—Una sola. La otra la tenía cortada.

—¿Y está usted seguro de que luego tenía las dos?

—Segurísimo—contestó amostazado el de Villahermosa—, y tan fuertes y seguras como las mías.

Los dos sectarios no quisieron averiguar más. Habían adquirido el convencimiento de que lo contado por el Duque era cierto, y se retiraron de su presencia mohinos y cabizbajos.

M.



EL DE LOS TUERTOS

EL que dirige el juego encarga á todos gran atención, advirtiéndoles que aquel que altere el orden de las palabras que va á decir pagará una prenda, y lo mismo si dejare de observar alguna de las formalidades previamente establecidas. Hecho esto, comienza diciendo al que está á su lado derecho:

—Detrás de una puerta tuerta, estaba una vieja tuerta...

Todos, de uno en otro, repiten con rapidez las anteriores palabras.

Cuando llega su turno á quien dirige, agrega:

—En un lebrillejo tuerto, haciendo una torta tuerta...

En la vuelta tercera:

—Vino un perro tuerto, y se comió la torta tuerta...

En la cuarta:

—Lo vió un viejo tuerto, y tomó un palo tuerto..

En la quinta:

—Le dió al perro tuerto, y salió un mozo tuerto..

En la sexta:

—Se agarró del viejo tuerto, y le sacudió un golpe tuerto...

En la séptima:

—Murió el viejo tuerto, y prendieron al mozo tuerto...

Y así mientras queden *tuertos* á quienes sacar á colada.

Debo advertiros que en cada vuelta se ha de repetir todo lo dicho desde la primera, y como los *tuertos* son muchos, es cosa de risa ver cómo ninguno puede seguir la relación.



En el número próximo comenzaremos á publicar la **Baraja de sentencias**, en verso, y suponemos gustará á nuestros lectores.



PILARICA

ZARAGOZA (1)

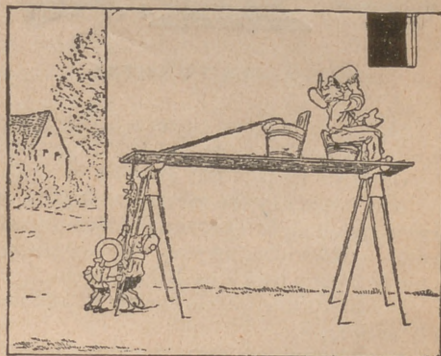
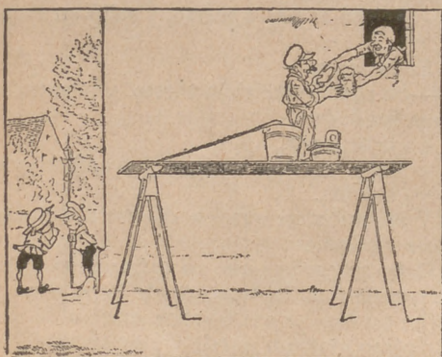
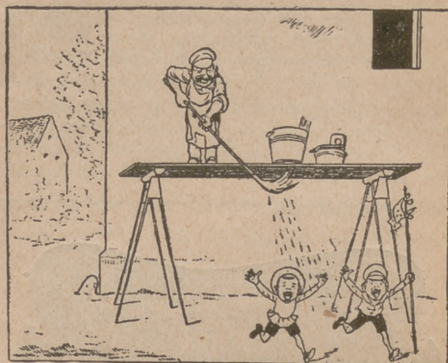
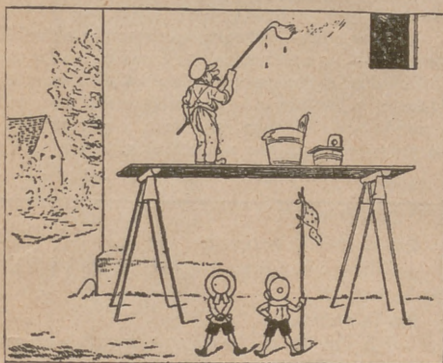
EN la contornada no había baturrica más hermosa. Ella era la «Reina del Ebro», como le decían en todas las coplas; Pilarica y na-

sobre los hombros, ajustado el corpiño, hueca la saya, redonda y corta, que descubría las medias moradas y las blancas alpargatas holgadas para aquellos pies diminutos y fuertes. Se dirigía a las fiestas del Pilar. Por el camino se encontró con otros grupos que avanzaban hacia la capital.

—Maña, ahí va el Royo — dijeron á Pilar.

Y ésta, emocionada, turbóse, sintiendo encenderse de rubor sus facciones tranquilas y serenas. Aquel mala cabeza no la dejaba ni á sol ni á sombra; la venía rondando desde algún tiempo, y ni la oposición de su

QUIEN MAL OBRA.... (Historieta muda).



die más que Pilarica. Chiquitina, morena, garbosa, graciosamente prendido el pañolito

(1) En el próximo número *La explosión*.—Bilbao.

malre, ni los despegos de ella, eran bastantes á disuadirle. Como buen aragonés, se había empeñado en salirse con la suya contra

viento y marea, y esta obstinación había acabado por interesar á la muchacha, mucho más cuando el mozo nada tenía de despreciable. Sólo su fama de pendenciero, confirmada por su recia musculatura y sus grandes manazas, era lo que fundaba la oposición de la tía Rosario á aqueillos amoríos.

—No quiero valentones en la familia—había dicho—. Bastante me hizo sufrir el hermano de ésta —añadía señalando á Pilar—. ¡Por poco no me lo matan en las rivueltas de unas elecciones! Y del mal el menos que

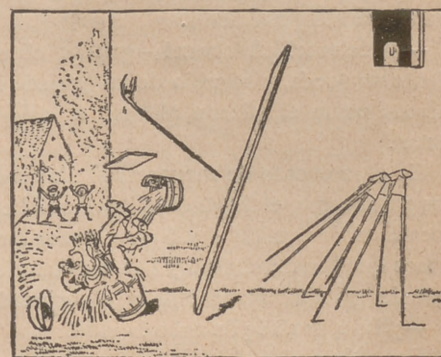
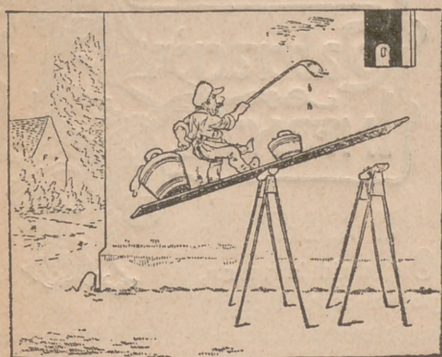
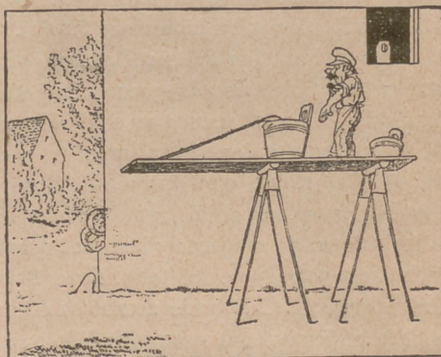
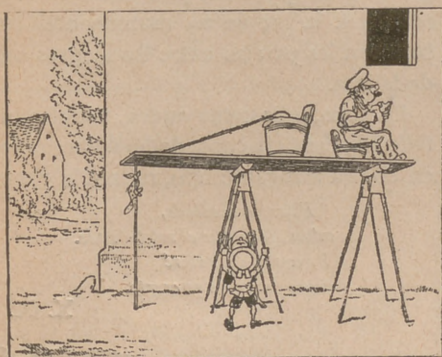
retirándose de zambras y jaleos, la anciana, siempre que lo veía cerca de su casa, le daba con la puerta en las narices y obligaba á su hija á que contestase con desprecio á sus rendidas pretensiones.

—Ahí le tienes—dijeron á Pilar.

—¡Otra! Que venga. No me conocerá—contestó más anhelante que desdeñosa la gallarda baturra.

Y llegó el Royo, muy compuesto, con su camisa planchada, su chaleco de pana, ahogado bajo las apretadas vueltas de una faja

QUIEN MAL OBRA..... (Historieta muda.)



ahora en el ejército ha sentado la cabeza.

Y así, por más que el Royo había prometido enmendarse y comenzaba á cumplirlo

roja; el calzón recortado por los calzoncillos, que contrastaban su blancura con la de unas medias caladas y unas alpargatas abiertas,

hábilmente sujetas al pie con los celadrés, y ceñido á la cabeza, de duras y enérgicas facciones, pero de simpática expresión de franqueza y honradez, el clásico pañuelo.

—¿Vamos á Zaragoza?—preguntó.

—A ella vamos—le contestaron.

Y el Royo, siguiendo prudentemente su camino en unión de los de su ronda, añadió, cambiando con Pilar una mirada elocuente:

—Allá nos encontraremos.

No se conocieron fiestas más brillantes. Los gigantones y cabezudos causaron, como nunca, con sus bailes, la admiración de los forasteros y el entusiasmo de los aragoneses. Desfiló solemnemente el Rosario con sus artísticos fanales y brillantes sus farolas.

Tras aquellos días felices, llegaron otros muy tristes. Sobrevino la guerra. El patriotismo de Zaragoza mostróse cual siempre. De allí salieron valerosos voluntarios, y entre ellos el Royo, que dos meses después conquistaba en una acción reñida y sangrienta los galones de sargento y una cruz pensiónada. Pero aquello no fué todo. Esperábanle nuevas proezas. Una tarde acudió su columna á defender un convoy sorprendido en una emboscada. El Royo luchó como un león. El enemigo se batió en retirada, llevándose unos cuantos prisioneros.

—¡Adelante! ¡Adelante!—gritaba el valiente aragonés, y seguido de un puñado de héroes como él, dieron alcance á los que huían.

En el momento de recuperar al último de los prisioneros, el Royo cayó herido. Al colocarle en la camilla sintió unos brazos cariñosos que le estrechaban y una voz conocida que le gritaba, agradecida y emocionada:

—¡Maño, maño! ¡Te debo la vida!

Era el hermano de Pilar, uno de los prisioneros del convoy salvado por él.

Convaleciente en el hospital, casi terminada la guerra, acudieron los jefes del Royo á preguntarle qué recompensa quería, y

él, mostrando gozoso una carta, contestó:

—¡Otra!, la licencia, que ya estoy bien recompensado. En este papel me dice la vieja que me da á Pilar.

Terminó la guerra. El Royo obtuvo una de las hojas de servicios más honrosas, y volvió á su tierra en busca del cumplimiento de las promesas ofrecidas. Meses después se celebraba su casamiento con Pilar. Aquel fué un día grande. La cocina de la casa de la novia, convertida en estrado, ardía en jolgorio. Hasta los platos de Rusel y las mijesicas de Almonacid, que adornaban las paredes, parecían participar de la fiesta. Rasgueaban las guitarras, punteaban las bandurrias, y á la luz de un monumental candel bailaban las parejas entre los alegres cantos de la jota.

El Royo, feliz como nunca, triunfante, satisfecho, cantó la copla de honor resumiendo en ella su arrogante brío, su noble guapeza:

*Pilarica resalada,
m'an dicho que el sol t'ofende.
Yo con el sol reñiré
si me priva de quererte.*

X. X.



OH, abrid la puerta,
por piedad; el cierzo

sopla con violencia; la nieve descende en anchos copos y cubre la llanura; es imposible hallar la senda. Abrid, que no soy un vagabundo que llama á la puerta del castillo para buscar refugio después de haber cazado el gamo del Rey; aun cuando en una noche

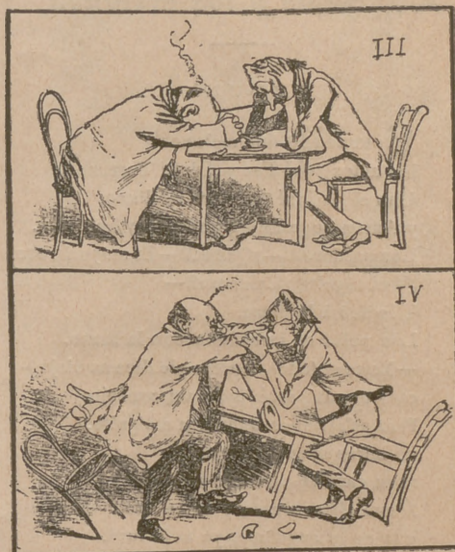
tan borrascosa tendría derecho á ser compadecido del hombre más villano. Soy un peregrino fatigado, débil por los largos viajes que he emprendido para hacer penitencia por mis pecados... ¡Oh!, abrid, por el amor de Nuestra Señora; recibiréis la bendición del peregrino. Traigo indulgencias de Roma y Santas reliquias; ¡ah!, si esto no os mueve á abrirme, abridme, al ménos, por caridad. La liebre está agazapada en su madriguera; el ciervo descansa en su cama al lado de la cierva, y yo, mísero anciano, expuesto á la borrasca, no puedo hallar asilo. ¿No escucháis mugido sordo del Ettrick? Su corriente ha engrosado con las lluvias, y tendré necesidad de atravesar á nado las sombrías olas, si no tenéis piedad del pobre anciano. Aún

UN SUEÑO QUE SE REALIZA



Después de haber tomado una taza de café Besúguez y Percébez, quedáronse dormidos. Al poco rato aquél comenzó á soñar que en su cabeza ardía el fuego de la inspiración, de la santa inspiración, y...

UN SUEÑO QUE SE REALIZA



continuó soñando que el fuego ardía, y ardía. De pronto se despierta asustado y nota que, efectivamente, en su cabeza ardía el fuego, sólo que no era el de la inspiración, sino el del cigarro, de Percébez.

permanece cerrada la gran puerta de hierro. El castellano es aún más duro é insensible, pues escucha sin conmoverse mis dolorosos ayes. ¡Adiós, adiós! Plegue á la Virgen que cuando dobléis la frente al peso de los años, os nieguen el asilo que hoy os pido y no me concedéis.

El señor del castillo, muellemente recostado en su lecho, desdeñaba su humilde súplica; pero, frecuentemente, en medio de las tempestades de Diciembre, escuchaba de nuevo aquella voz lastimera.

Cuando la aurora brilló sobre las ondas del Ettrick, descubrieron sus ojos un cadáver entre los saúcos de la ribera: aquel cadáver era el del peregrino.

Remitido por EDUARDO DE SANTIAGO.

Los niños y los melones

FÁBULA

COMPRARON dos melones los niños José Paz y Antón Terrones. Uno elige José, que era mediano, y Antón coge uno grande, muy hermoso. Los partieron.—¿Qué tal?—Es muy sabroso. ¿Y el tuyo?—¡¡Calabaza!!— Y lo tiró á la plaza. Los pelos se arrancaba con la mano. —No te enfades, Antón—le dice un viejo —; otro te compraré: toma un consejo: Para saber si es bueno tu amiguito, no mires si es bonito, si su cara es adusta ó es risueña. A sus *obras atente*, y es seguro que no te engañará; yo te lo juro. El melón con su ejemplo te lo enseña.

FRANCISCO LOREDO.

A MI MADRE

A ti por tus desvelos,
á ti por tus cuidados,
á ti por tus cariños,
á ti por lo que sé,
porque eres cariñosa,
porque mucho me amas;
tu nombre, madre mía,
siempre bendeciré.
Y cuando alguna idea
que en mi mente conciba
conforme á mi deseo
no salga, lucharé;
y entonces, madre mía,
pensando en tu cariño,
bríos, alientos nuevos
y fuerzas cobraré.

RAMÓN PORTILLO.



EL CUARTO

Se abre un nuevo concurso, que consiste en contestar á la siguiente pregunta:

¿Cuál es el mejor cazador para la liebre?

Bases para tomar parte en el concurso:

1.^a Los concursantes pueden remitir cuantas contestaciones gusten, siempre que no pasen de diez.

2.^a Las contestaciones deben venir precisamente en las tarjetas postales que para este fin hemos editado.

3.^a Á medida que se reciban las soluciones se las pondrá un número de orden, y si se reciben más que la cantidad de premios destinados serán sometidas á un sorteo.

5.^a Las soluciones pueden remitirse desde esta fecha hasta el día 30 de Abril.

Lista de premios:

Premio 1.^o, un precioso juguete; premios 2.^o al 12, preciosos libros de educación con ilustraciones en color y bonitas pastas; premios 13 al 25, bonitos tomos de cuentos, lujosamente encuadernados, con el escudo de España estampado en oro.

Nuestro tercer concurso, que consiste en averiguar qué palabra hemos sustituido en el refrán siguiente:

El perro del herrero duerme á las martilladas y despierta á

continúa abierto hasta el día 27 del presente mes.

Pueden seguir enviando soluciones.

En el número próximo resultado del primer concurso y lista de los niños que han obtenido premios.



M. Navas.—Badajoz.—Muy bonitas las sevillanas. Las ha tocado primorosamente el niño Camilo Escudero.

M. Crós.—Madrid.—ROSA Y AZUL es una Revista bastante aceptable por su texto y dibujos.

Antoñita García.—Valencia.—Agradecería que publicasen la novela titulada *La hija del usurero*, original de D. Estanislao Maestre (1).

R. Mena.—Villena:

Colores ROSA Y AZUL nos gustan mucho á los niños,* y nos gustan más aún sus versos, cuentos y artículos.

J. Ayuso.—Madrid.—Cada día me gusta más la Revista y me entusiasma su lectura. Vería con gran satisfacción que se publicase más á menudo.

J. Cremades.—Idem.—Me gusta mucho ROSA Y AZUL.

Ramón y Luis Caso de los Cobos.—Avilés:

Nos agrada tanto ROSA Y AZUL á los dos hermanos, que así que un número vemos, con ansia el otro aguardamos.

José María de Bustos.—Piedrahita:

Quisiera ROSA Y AZUL demostrarte en estas letras un recuerdo de mi alma, de lo que pienso con calma cuando me acuerdo de veras.

Conchita y Luisa Campomoreno.—Ciudad Real. Nos gustaría más la cubierta con papel blanco y tinta azul.

Dolorcitas Rodríguez.—Madrid:

ROSA Y AZUL, la Revista única por excelencia que la santa Providencia ha legado á la niñez, sirviéndola de entre mes lectura abundante y sana una vez á la semana y cuatro veces al mes.

Rafael Aduá.—Valencia.—Lo único que me gusta de ROSA Y AZUL es el cuento de Rafael Barrios.

(1) Tendría sumo placer en servirla; pero no sé si podré hacerlo. (E. M.)

R. Fernández.—Valencia.—Lo corregiré y se publicará.

F. Morales.—Granada.—Se publicará. De lo otro soy ajeno por completo.

E. Sevilla.—Valencia.—Se publicará.

E. Montero.—Béjar.—Idem.

J. Gallardo.—Madrid.—Tengo infinidad de trabajos sobre el mismo tema. Haga otra. ¡Ah! Y ¡por Dios! cuide más la ortografía.

J. S. M.—¡Hombre, escribir siglos á estas arturas!...

S. Ibarra.—Se publicará.

E. Yuste.—Madrid.—Envíe lo que guste. De lo otro no sabemos nada.

E. Martínez.—Idem.—Le sobra razón; pero nosotros no venimos á desfacer entuertos.

P. M.—Barbastro.—Írán los pasatiempos. Del concurso anduvo usted cerca; pero no llegó.

E. Iglesias.—Madrid.—Versifica usted bien; pero hace muy extensos los trabajos. Haga otra cosa más corta. Publicaré el cuento.

Uquina.—Idem.—Entra en turno.

G. D. López.—La corregiré y veré de publicarla.

A. Ochoa.—Oviedo.—Si está bien traducido, sí, señora.

A. Agulló.—Elche.—Se publicará.

A. de Contreras.—Córdoba.—Entra en turno.

M. Roca.—Algeciras.—Idem id.

E. Pinañ.—Madrid.—Idem id.

C. Fernández.—Idem id.

M. Fraile.—Amigo, los versos, aunque sean infantiles, están sujetos á metro mientras dure la guerra ruso-japonesa.

T. García.—Madrid.—¿Quiere usted hacer un soneto, verdad? Pues estudie mucho y empiece por hacer una redondilla que es más fácil.

A. S. de la Escosura.—Idem.—Entra en turno.

J. S. y Biel.—Envíe otra cosa. A mí no me gusta ese asunto, ni creo que les gustará á sus padres.

R. Portillo.—Madrid.—Le complaceré.

A. García.—Idem.—Si viera usted qué antiguo es eso... Envíe algo más original.

A LOS IMPACIENTES.—Las cartas se contestan por turno riguroso; pero luego viene la imprenta y no puede insertar en un número todo el original que tengo dispuesto. Paciencia, pues, amiguitos.



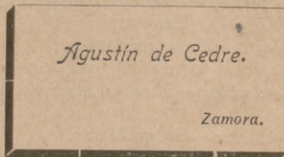
JEROGLÍFICO, por E. Montero.

$\frac{SI}{TU}$ cuerno

ACERTIJO, por F. Villaverde.

¿Qué es eso que tiene la cabeza de burro, la cola de burro, las patas de burro, las orejas de burro, y no es burro?

TARJETA, por M. Rodríguez.



Combinad las letras y hallaréis el nombre y apellido de un distinguido orador.

JEROGLÍFICO, por J. Mérida.

JONICO KE, KE, KE, KE

TRIÁNGULO, por F. Olmedo.



Sustituíd las estrellas por letras y hallaréis leídas vertical y horizontalmente: 1.º Para escribir; 2.º Clase de tela; 3.º Cifra; 4.º Sí-laba, y 5.º Vocal.

ADIVINANZA, por I. Navarro.

En medio del mar estoy,
ni soy de Dios ni del mundo
ni del infierno profundo
y en todas partes estoy.

SOLUCIONES

AL JÉROGLÍFICO, por R. Portillo:

DOLORETES

A LA CHARADA, por P. M.:

TEJADO

AL ACRÓSTICO, por F. Olmedo:

E S P A Ñ A
G A L L O
S A L A
A L A
L A
O
A N A
P E R A
N E R Ó N
C A R M E N

A LA TARJETA, por R. Mena:

JUANA DE ARCO

A LA ADIVINANZA, por J. G. Otermin:

ACEITUNA

A LAS ADIVINANZAS por L. Ordoño:

1.ª San Casimiro; 2.ª Hacer sombra.

Á NUESTROS LECTORES

En nuestro deseo de mejorar más cada día las condiciones de la Revista, y no siendo posible á esta Empresa sostener el precio á que *Rosa y Azul* se ha venido vendiendo, desde 1.º de Abril, ó sea desde el número 6, el precio será de **quince céntimos**. No obstante, fieles siempre á los compromisos que con el público hemos contraído, los precios de suscripción continuarán lo mismo. Y haremos más: estimando la confianza que los suscriptores depositan en nosotros, regalaremos 20 tarjetas postales para entenderse con la Dirección en cuanto afecta á soluciones, concursos, crítica, pasatiempos, etc., á los que se suscriban por un año, y 10 tarjetas á los que lo hagan por un semestre. De este modo cada ejemplar costará á los suscriptores **nueve céntimos**, y **quince** al comprador.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Un año y 20 tarjetas postales.....	6 pesetas.
Sels meses y 10 ídem id.....	3 —

BOLETÍN DE SUSCRIPCIÓN

D.
residente en provincia de
calle número cuarto
se suscribe á *Rosa y Azul* por meses, y envía su im-
porte en (1)

..... de de 1904.

El suscriptor,

(1) En libranza, sellos que no excedan de una peseta, sobre monedero ó en la forma que más le convenga.

LIBRERÍA ESCOLAR

DE

ANTONIO PÉREZ

Calle de la Bolsa, 9.—MADRID

Gran surtido de libros y objetos
de enseñanza de todos los autores.

Plumas, lapiceros, pizarras,
carteras, portalibros, cabás, cuadernos
rayados, etc., etc.

Artículos de escritorio, estuches de papel
y sobres.

Orlas, cartas y libros para regalo.

Bolsa, 9.—MADRID

VINO DE PEPTONA ORTEGA



MARCA REGISTRADA

Para convalecientes y
personas débiles es el
mejor tónico y nutri-
tivo. — Inapetencia,
malas digestiones,
anemia, tisis, etc.

LABORATORIO-FARMACIA DE ORTEGA:

MADRID, LEÓN, 13, MADRID

Talleres de fotografiado

DE LOS

SUCESORES DE E. PAEZ

Directo, línea, zincografía.

Precios sin competencia

Quintana, 33.—MADRID

MADRES Existen cajas falsificadas de la
Denticina que han imitado bien
para sorprenderos, pero causan graves tras-
tornos en las criaturas. La legítima, 3 pesetas.

Madrid: Sacramento, 2, farmacia.

ESTÓMAGO Las acedías, dispepsias, gas-
tralgias, úlceras, diarreas,
vómitos y cuanto revela malas digestiones se
cura con *Perla Estomacal F. Moreno*. Conocida
en todo el orbe. Caja: 3,50 pesetas (antes 10
reales).

Madrid: Sacramento, 2, farmacia.

PAPILLA PARA LA BABA, EN LÍQUIDO



Las madres la
conocen por sus
efectos, y sus
hijitos la toman
con avidez.
Frasco, 0,50 y 1
peseta. Para
provincias te-
nemos la Papi-
lla en polvo,
caja con 10 pa-
peles, que vale
2 pesetas. Para
su uso y demás
instrucciones
léase el pro-
specto.

Desconfíen de las imitaciones, porque la ver-
dadera Papilla, única y exclusivamente se despa-
cha en esta casa.

Oficina de farmacia de D. Luis Fornés Grimalt
San Bernardo, 70, Madrid (frente al Noviciado)

NIÑOS

SASTRERÍA

EL INFANTE

Preciados, 26.

Preciosos trajes de 5 á 40 pts.

Gabanes novedad de 15 á 50.

Rusos, gran abrigo, de 18 á 25.

Cuellos novedad, chalinas
gorras y colección grandiosa
en géneros para la medida.

PRECIO FIJO

GRAN FOTOGRAFIA BOLIVAR

1, SAN BERNARDO, 1

Es la casa que en Madrid se
dedica *especialmente* á hacer re-
tratos de niños.